

La contribución mundial a la defensa del medio ambiente para el conjunto del Planeta se simboliza en la celebración del Día Mundial del Medio Ambiente, el día 5 de junio de cada año.

La Junta de Extremadura a través de la Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo y dentro del programa "Extremadura XXI. Acciones de Desarrollo Sostenible" festeja esta efemérides con diferentes actos que propicien la sensibilidad por el medio ambiente, su protección y uso ordenado.

En este contexto y con el fin de propiciar una mayor sensibilización y educación ambiental en una decidida apuesta por el futuro que constituyen los niños, este año y por primera vez, se convocó el Primer Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente Cuenta" cuyos resultados hoy te invitamos a leer y contar.

ISBN 84-7671-358-4



9 788476 713587

JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo
Consejería de Cultura y Patrimonio

EL ÁRBOL QUE SÓLO TENÍA UNA HOJA

Ramón Garrido García



Ramón Garrido García

**EL ÁRBOL QUE SÓLO
TENÍA UNA HOJA**

La obra *El árbol que sólo tenía una hoja* de Ramón Garrido García, obtuvo el III Premio del I Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente Cuenta", convocado por la Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo. El Jurado estuvo formado por Carmen Galán como Presidenta, Carmen Sánchez como Secretaria y Elisa Luengo, Andrés Rodríguez y Casto Iglesias como vocales.



EDITORIA REGIONAL DE EXTREMADURA

MÉRIDA 1996

Érase una vez... es como empiezan la mayoría de los cuentos. Un cuento que se precie de empezar siempre con "Érase una vez...". Claro que algunos estupendos cuentos como "La flor marchita" de Hans Christian Andersen no comienza así. De todos modos, a mí, cuando pequeñito, me encantaban los cuentos que empezaban de esa manera. Algunas veces, mi mamá o mi papá los inventaban o los leían comenzando de otro modo, y yo les decía: "¡Eh, que te has confundido, que te has saltado Érase una vez..." Y ellos rectificaban. Sé que a la mayoría de los niños os ocurre lo mismo. Así que, es por eso que éste cuento comienza con:



RASE UNA VEZ un árbol que sólo tenía una hoja. En otro tiempo había sido un árbol muy grandote y muy frondoso, con enormes ramas cubiertas de miles de hojas verdes, unas pequeñitas, otras medianas y algunas tan grandes como la hoja de un libro. Vivía rodeado de otros árboles como él. Algunos más grandes, otros más pequeños, algunos más viejos y otros más jóvenes. Eran tantos que entre todos hacían un bosque. Un bosque extremeño, de esos tan bonitos y tan espesos, que era famoso entre las ardillas del mundo entero.

Todas las primaveras el árbol se poblaba de preciosas flores a las cuales venían abejas y mariposas a comer. A los pajaritos les encantaba hacer sus nidos entre

© De esta edición:
Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo.
Consejería de Cultura y Patrimonio.

© Texto e Ilustraciones: Ramón Garrido García.

© Dibujo Portada: Pura Martínez.

I.S.B.N.: 84-7671-358-4
Depósito Legal: BA - 396 - 1996

Imprime: Tajo ~ Guadiana, S.L. Artes Gráficas
Telf.: 27 46 56 - BADAJOZ

las ramas porque se sentían resguardados del viento y la lluvia. Además, allá arriba, escondiditos entre las hojas, estaban protegidos de sus enemigos.

Al llegar el verano el árbol daba frutos, y los animalillos del bosque se pegaban el gran festín. “¡Qué fruta más jugosa y más dulce!”, exclamaban todos. Después, con la tripita llena, se ponían a jugar. Los pajaritos más pequeños se subían a las ramas más altas (a esas que casi rozan el cielo) y se lanzaban batiendo torpemente las alas para aprender a volar. Luego, por las tardes hacía tanto calor que casi todos se iban a dormir la siesta; entre las frescas hojas unos, a la agradable sombra al pie del árbol, otros.

Sí, era estupendo ser árbol por entonces. Y él, nuestro árbol protagonista, era todo un señor árbol.



N AÑO LLEGÓ LA SEQUÍA y dejó de llover, y el río casi se secó. El poco agua que llevaba el río se la tragaba toda, toda, la ciudad cercana. Es posible que si sus habitantes no la hubieran derrochado tanto, el agua, aunque poca, hubiese bastado. Pero el caso es que no fue así, y los árboles, sin savia, se secaron también. Algunos animales murieron. La mayoría se fue a otros lugares donde poder beber. El bosque desapareció. Solo un árbol, nuestro árbol, aguantaba, cerca del cauce seco del río, bajo el sol aplastante que le quemaba len-

tamente. Perdiendo poco a poco las hojas, sus hermosas hojas con las que había dado cobijo, alimento y sombra a todos aquellos animalillos.

Y así, una mañana despertó y vio que tan solo le quedaba una de ellas, allá arriba, en el extremo de la rama más alta, como una bandera. Supo entonces que el fin estaba cerca, que ya casi estaba seco del todo, que cuando aquella única hoja que le quedaba cayera, ya nada podría hacerlo revivir jamás. Pero él había sido –era aún– un árbol fuerte, el más resistente del bosque y se dijo a sí mismo que mantendría aquella hojita como fuera.

Todas las mañanas le enviaba a la hoja una gotita de agua que las raíces, con mucho esfuerzo, conseguían arrebatarse al rocío.

De esa manera pasaba el tiempo...



O MALO DE LA SEQUÍA es que no solo se secan los árboles, también se secan todas las demás plantas. Todo el campo hasta donde alcanzaba la vista estaba seco. Era realmente una visión muy triste y desoladora la que rodeaba al árbol que solo tenía una hoja. Todo a su alrededor eran pastos y matorrales tan secos y amarillos, que ni las hormigas podían vivir allí.

Lo malo de que todos los matorrales y pastos estén secos es que pueden

arder con facilidad. Basta un simple despiste –como que alguien arroje la colilla encendida de un cigarro– para que todo el campo salga ardiendo. Y, como os estaréis imaginando, eso fue exactamente lo que pasó. Alguien, no contento solo con fumar –con lo malo que es para la salud– arrojó un cigarro encendido y prendió el pasto. Al principio eran llamas pequeñas, como las de los mecheros, luego las llamas alcanzaron un arbusito y el fuego se hizo mayor. El viento, que comenzó a soplar, se encargó de extenderlo por todo el campo.

El árbol que solo tenía una hoja estaba muy, muy asustado. A cada instante que pasaba, el fuego se le acercaba más y más. Ya sentía el terrible calor sobre su tronco; y la hojita, envuelta en humo, perdía humedad por momentos. “¡Es horrible, voy a morir abrasado, calcinado! ¡Oh, si al menos alguna persona de la ciudad viera el fuego podría avisar a los bomberos!”, pensaba el pobrecito árbol. Un cuervo que venía de paso camino de los lejanos bosques del Norte, se posó en una de sus ramas para tomar aliento: “¡Cof, cof –tosió– es terrible, es terrible, menudo fuego, y encima no vendrá nadie a apagarlo! ¡Como por aquí no hay nada que valga la pena para ellos, pues no van a gastar el poco agua que tienen con este incendio”. El árbol, que no había pensado en ello, se quedó estupefacto. “¡Oh, estoy perdido, estoy perdido...”.

Las llamas estaban cada vez más cerca, a dos pasos del árbol. El pasto se consumía chisporroteando. Incluso una de sus raíces, unas de esas que sobresalen del suelo cerca de algunos árboles, estaba empezando a quemarse ya. Y de repente, el viento cambió de dirección. Milagrosamente las brasas que estaban a sus pies se consumieron sin quemarlo a él. Y así, un rato después, todo, absolutamente todo el campo alrede-

dor del árbol estaba consumido, negro, tiznado; con fumarolas humeantes alzándose hasta el cielo. Verdaderamente, era un paisaje sobrecogedor. La hojita, aunque maltrecha, consiguió salvarse, y el árbol que solo tenía una hoja, cansado y triste se durmió.

En otra ocasión, una tarde tan calurosa que pensaba que no podría aguantar hasta la noche, la brisa comenzó a soplar. “¡Uf, qué alivio, que agradable resulta el soplo del viento en verano”, se decía. “¡Eh, hojita, mira que brisa tan oportuna, seguro que viene del mar, tan húmeda que es. Con un poquito de suerte, mañana cuando amanezca conseguiremos dos o tres gotitas de agua de rocío!”. Y en esto estaba, animando a la hoja y a el mismo, cuando de repente, la brisa se volvió viento, y el viento se convirtió en vendaval. Tan fuerte soplaba, con tanta intensidad, que varias ramas secas se partieron. Y entonces tuvo miedo de que la hojita no pudiera soportarlo y el viento la arrancara. Y sin ninguna hoja, entonces él sería un árbol seco. La hoja se agitaba y se agitaba, el pequeño tallo que la unía a la rama era flexible, pero quizás no resistiera...

Una hora duró el vendaval. Cuando cesó, el árbol había perdido muchas ramas, y la hoja tampoco tenía muy buen aspecto que se dijera. Pero al menos no se había desprendido.



N RATO DESPUÉS SALIÓ LA LUNA y el cielo se llenó de nubes oscuras, y un relámpago lo iluminó todo. Luego vino el trueno, como un cañonazo, que despertó al árbol. Una gota alcanzó su tronco: “¡Vamos, vamos, nubecitas, lloved, lloved, y con vuestra agua podré dar de beber a mis ramas!”. Otro relámpago, luego otro trueno. Durante un buen rato pareció que efectivamente iba a caer tanta agua como para llenar de nuevo el río. Incluso la luna quedó oculta tras las nubes, y el árbol, convencido de que iba a llover, hubiese saltado de contento de no tener raíces que lo sujetaran a la tierra. Pero, ¡oh!, no fue así. Lentamente, el viento fue dispersando las nubes, la luna salió de nuevo, y de nuevo también, llegó la mañana, llegó el calor. Tan cansado estaba el árbol, tan triste, que a pesar de que ya era de día, se durmió.

Y soñó que tenía agua para hacer lágrimas, y llorar...

Sí, lentamente pasaba el tiempo...

Cada vez más débil, cada vez más seco, el árbol no tenía casi fuerzas ya para seguir viviendo. Y un día se dijo: “¡No puedo más, es inútil, aquí estoy en medio de un desierto casi, sin agua, sin alimento, muriéndome despacito, y seguro que para nada. Mejor será dejar que caiga mi hojita, y morirme de una vez!”, y de pronto, cuando estaba a punto de abandonar, vio aparecer por el camino que viene de la ciudad, una niña...



UANDO LA NIÑA LLEGO A LA ALTURA DEL ÁRBOL se detuvo: “¡Vaya, un árbol, y solo tiene una hojita!”. El árbol se alegró mucho de que la niña se fijara en ese detalle. Normalmente, la gente mayor no se fija mucho en esas cosas, y la niña no solo se había fijado en él, además, se había dado cuenta de que aún tenía una hoja. El árbol, de haber tenido pulmones, se habría hinchado orgulloso de ella. “¡Pobrecito, que seco estás! Dice mi mamá –continuó diciendo la niña– que hace pocos años este lugar era un bosque lleno de árboles como tú. Y había muchos animalitos, también. Y dice que en primavera la gente venía a pasar el día con comidita rica, y los niños jugaban y correteaban por este lugar sin miedo a que los atropellara un coche, y respirando aire puro. Pero claro, yo de eso no me acuerdo...”. La niña se calló de nuevo y, pensativa, puso una manita sobre el tronco del árbol. “¿Sabes árbol?, no te preocupes, voy a preguntarle a mi mamá si puedo traerte un poco de agua de nuestra casa, ¿vale?”. Y volviendo sobre sus pasos, la niña hecho a correr en dirección a la ciudad.

El árbol que sólo tenía una hoja se dijo: “¡Qué niña más guapa y más buena!”. Y pensando en ello, esperó.

Volvió la niña, en efecto. La vio aparecer la mañana siguiente subiendo por el camino. Y en su mano derecha llevaba un cubo de esos que los niños utilizan para jugar con arena. El árbol no cabía en sí mismo de contento. Llegó la niña hasta el árbol y le habló: “Te traigo el agua que te prometí. Le pregunté a mi mamá lo que te dije y me

ha dado permiso para que te traiga un cubo todos los días". ¡Qué contento estaba el árbol! Tanto tiempo había estado pasando sed, bebiendo solo las gotitas de rocío, que no podía creer que toda el agua que contenía ese pequeño cubo fuera para él (y para su hojita, claro). La niña comenzó a verter el agua junto al tronco, y el olor a tierra mojada le pareció al árbol tan delicioso como el aroma a pan recién hecho les parece a los humanos. ¡Menuda suerte que la niña lo encontrara! Sus raíces se estremecían de alivio recogiendo el agua que se filtraba a través del suelo. Y la savia subió a través de su tronco hasta las ramas casi secas ya.

Luego, la niña cantó un rato: "¡Bebe, bebe, arbolito, que...!. Vaya, acabo de darme cuenta de que no conozco ninguna canción sobre árboles. Le preguntaré a mis papás..." Y se fue con el cubo vacío camino de su casa.

Al día siguiente volvió de nuevo con el cubo lleno de agua. Y al día siguiente del siguiente, y al otro y al otro, volvió también. Y todos esos días, la niña le cantaba al árbol que solo tenía una hoja, una canción que su papá se había inventado para la ocasión: "Bebe, bebe, arbolito, que si bebes mucho y despacito, te saldrán muchas hojas y te pondrás muy bonito".

¡Qué sorpresa tan agradable se llevó el árbol la mañana que despertó y vio que en otra rama le habían nacido tres hojitas más! ¡De haber tenido cara el árbol, habría puesto cara de felicidad! ¡Aquello significaba que estaba reviviendo, que no moriría, que si la niña seguía trayéndole agua y después del verano llegaban las lluvias, estaría salvado!

La niña volvió cada día con agua, y cada día le brotaban al árbol nuevas hojas. Pronto todas las ramas se llenaron de ellas, y tímidas ramitas nuevas, verdes y flexibles nacieron de las ramas más gruesas. Cada día que pasaba, la copa del árbol se hacía más y más grande. Una noche, el canto de un grillo a sus pies, lo despertó. El árbol, feliz, lo escuchó durante un largo rato, y tranquilo, se volvió a dormir.



ERO UNA MAÑANA, cerca de donde él estaba, llegaron máquinas excavadoras y comenzaron a levantar la tierra. Cada día, la niña volvía con su cubo de agua, cada día, las maquinas trabajaban más y más cerca de él. Hasta que una tarde dos hombres con una sierra eléctrica se aproximaron al árbol. La enchufaron y la acercaron al tronco dispuesto a talarlo. El árbol muerto de miedo, sin poder gritar –porque los árboles no tienen ni boca ni garganta– se dispuso a morir...

Las terribles cuchillas rozaban el tronco y de repente: "¡Alto, alto, no lo cortéis, ese árbol es mi amigo, es bueno, y es el único árbol que queda por aquí!". Era la niña que, dejando el cubo en mitad del camino, había echado a correr hacia ellos. Cuando llegó, se puso entre la sierra y el árbol con los bracitos abiertos: "¡Por favor, por favor, no lo cortéis!", dijo llorando. "Lo sentimos, niña, no podemos dejarlo ahí en medio, tenemos orden de limpiarlo todo para construir casas, y este árbol está en mitad de lo que será una de ellas", contestó uno de los hombres. "¡Pero es el último árbol que queda en este campo!", replicó la niña. "Por eso, porque es el único árbol que queda. No

vamos a dejar de hacer nuestro trabajo sólo por un árbol”, contestó el otro hombre. “¡No, no lo podéis cortar!”. Los hombres se sintieron compadecidos de la pena de la pobre niña y le dijeron: “Danos una buena razón por la que no haya que cortarlo y le pediremos a nuestros jefes que nos den permiso para dejarlo ahí”.

La niña dejó de llorar y se quedó pensando, buscando una buena razón para que no cortaran el árbol que sólo había tenido una hoja. Miró al suelo, miró el tronco después, y luego, a las ramas llenas de hojas que tantos viajes con el cubo de agua le había costado. Y así, mirando y mirando, encontró una buena razón...

“¡Mirad, esa es una buena razón!”, gritó la niña señalando con su dedito a lo alto del árbol. Los dos hombres alzaron la cabeza y allí, escondido entre lo más tupido de la copa del árbol, descubrieron un nido lleno de huevos; y sobre ellos, un precioso pajarillo mirándoles muy asustado. Los dos hombres se miraron, se encogieron de hombros, y se sonrieron. Luego, uno de ellos, el más bajo, le dijo a la niña: “Muy bien, un trato es un trato, veremos que se puede hacer”, y se marcharon. Y al día siguiente, las máquinas bordearon el árbol, y respetándolo, siguieron construyendo casas. Y cuando llegó el Invierno comenzó a llover y terminó la sequía. La niña ya no tuvo que volver con agua nunca más, y el árbol vivió. Y colorín colorado –que así es como debe terminar un cuento que se precie– este cuento se ha acabado...

Muchos años después, de las semillas del árbol nacieron muchos árboles más, y de las semillas de éstos, muchos, muchos, muchos más. Y la niña se hizo mayor y vivió muy feliz, y tuvo dos hijos. Y cada uno de sus hijos, dos hijos más, que fueron los nietos de la niña que un día salvó al árbol que solo tenía una hoja. Y cuando fue vieja, le gus-

taba pasear por aquel lugar sin acordarse de que cuando era una niña le llevaba agua todos los días a uno de aquellos árboles. Y el árbol, que si se acordaba, la veía pasar despacito con su bastón, y el árbol deseaba que viviese muchos años felices aún. Y se hizo tan, tan, tan vieja, que no se acordaba que aquel bosque tan bonito, cerca de la ciudad, estaba allí por ella. Y eso nadie lo supo nunca y nunca nadie se lo agradeció. Pero seguro que a ella eso le hubiese dado igual, porque lo verdaderamente importante era que el bosque siguió allí. Y dicen que de nuevo es famoso entre las ardillas del mundo entero, que ellas si que conocen la historia del árbol que sólo tenía una hoja y de la niña que le llevaba agua. Porque a las ardillas, se lo dijo un pajarito...